

Entrevista con Miguel León-Portilla

Lengua y traducción

Pilar Máynez

Miguel León-Portilla ha sido reconocido como uno de los estudiosos más notables de la cultura náhuatl, desde la publicación de La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes, obra escrita en 1956. Su dedicación ha venido de la mano de una pertinaz y exigente labor de traductor de los textos originarios al castellano, faceta sobre la que tuvo una conversación con la investigadora Pilar Máynez.

Uno de los ámbitos de la lingüística que ha venido cobrando un gran relieve en la actualidad es el tocante al quehacer traductológico. Aunque las reflexiones en torno al transvase de lenguas se remontan a Cicerón (106 a. C.-43 a. C.) y continuaron en los albores del Medioevo con san Jerónimo, quien discurría sobre la forma idónea de traducir los textos sagrados, especialistas en la traducción hoy día vuelven sobre el tema con renovadas perspectivas y técnicas.

A continuación presento una entrevista con el doctor Miguel León-Portilla, con quien he tenido la fortuna de participar en diferentes proyectos de traducción y edición de textos, y con quien, en diferentes oportunidades, he conversado respecto de las implicaciones lingüísticas y culturales que entraña dicha práctica.

¿Qué lo motivó a estudiar el pensamiento de los hombres del México antiguo y por qué consideró que las preocupaciones existenciales de los tlamatimeh o sabios cumplían los requerimientos para ser equiparadas con el saber propio de la filosofía de Occidente?

Siempre me ha interesado mucho la filosofía. Y me ha interesado de manera vital, no solamente especulativa. Allá por los años de 1950 estudiaba yo para la obtención de la maestría en la Loyola University, en Los Ángeles, California. Particularmente me habían atraído los filósofos presocráticos. Además estaba preparando mi tesis sobre la obra de Henri Bergson, *Las dos fuentes de la moral y la religión*. Es este un libro de contenido a la vez antropológico y filosófico.

Por ese tiempo cayeron en mis manos dos libros de quien luego fue mi maestro, el padre y doctor Ángel María Garibay K.: su *Épica náhuatl y Poesía indígena de la altiplanicie*. Los había publicado en la Biblioteca del Estudiante Universitario poco tiempo antes.

Al leerlos me percaté de que, sobre todo en el segundo de ellos, había cantos y poemas en los que se planteaban problemas existenciales bastante cercanos a aquellos que se habían propuesto algunos de los presocráticos. Problemas como estos: “¿Podemos decir palabras verdaderas en la tierra? No para siempre en la tierra, sólo un poco aquí, aunque sea de jade se rompe, aunque sea de

oro se quiebra, aunque sea plumaje de quetzal se desgarran, sólo un poco aquí, ¿adónde iremos que la muerte no exista?, ¿qué es el tiempo?, ¿qué sabemos de la divinidad?, ¿somos acaso libres? y ¿qué es lo bueno y lo malo?”.

Cuestiones como estas me impresionaron doblemente, tanto por su contenido como por provenir de poetas y sabios nahuas. Consideré que esas preocupaciones y los cuestionamientos existenciales que implicaban tenían su paralelo bastante cercano entre esos antiguos pensadores griegos. Alguna vez he pensado en que podría yo escribir por lo menos un artículo comparando la problemática que percibieron los *tlamatinimeh* y la que paralelamente surgió en la conciencia de varios presocráticos. No lo hice al escribir *La filosofía náhuatl* porque pensé que quienes leyeran tales formas de paralelo en el pensamiento de gentes de culturas tan distintas pensarían que estaba yo llevando mi acercamiento tendenciosamente. En resumen, diré que el contenido de esos dos libros del padre Garibay me motivó grandemente a profundizar en el tema. Por eso acudí a él y por eso solicité que fuera mi director de tesis en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

¿De qué manera fueron sus primeros acercamientos a los testimonios pictográficos y alfabéticos indígenas? ¿Podría ejemplificarlos?

Guiado por Garibay, me acerqué a varios códices y también a textos en náhuatl redactados con el alfabeto latino pero de contenido que puede considerarse críticamente de origen prehispánico. Debo decir que cuando inicié la tesis tenía yo una cierta preparación filosófica pero toda ella de la tradición del mundo de Occidente. Lo primero que hice fue leer la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún. Con este, a partir de entonces, me he mantenido en acercamiento constante. Diré aquí de paso que he traducido al menos una parte de su obra y, como ejemplo, citaré el *Libro de los coloquios*, donde registró él las confrontaciones que hubo entre algunos *tlamatinimeh* y los frailes franciscanos en materia de creencias religiosas.

Me da mucho gusto decir aquí que pude promover, auxiliado por la UNAM y el INAH, que la UNESCO registrara la obra de Sahagún como “memoria del mundo”, es decir que, por su contenido, debía conservarse para el conocimiento y provecho de la comunidad humana de cualquier lugar de la Tierra.

Además de la obra de Sahagún, me acerqué a la de otros cronistas, como Toribio de Benavente Motolinía, fray Diego Durán, Andrés de Olmos, Fernando Alvarado Tezozómoc y Chimalpahin. Mencionar el nombre de estos últimos, que eran de origen náhuatl, me lleva a decir que el padre Garibay desde un principio me expresó que, si quería conocer el pensamiento náhuatl, debía conocer la lengua en la que estaba expresado. Un tanto

burlonamente me decía que en México hay helenistas que no saben griego y expertos en el pensamiento de Kant, Hegel o Marx que no saben alemán. Añadí a Garibay que sería ridículo preparar una tesis sobre el pensamiento náhuatl ignorando la lengua en que está expresado. De este modo, con el auxilio de Garibay, estudié náhuatl y comencé a acercarme a textos en esa lengua, principalmente la poesía y los cantares y también los discursos de los *huehuetlahtolli*.

Garibay también me insistió en que el acercamiento debía abarcar el gran conjunto de las fuentes primarias, sobre todo los antiguos libros de pinturas y caracteres que hoy llamamos códices mesoamericanos. Con su auxilio, comencé a acercarme al contenido de códices como el *Borgia*, el *Fejérváry-Mayer*, que muchos años más tarde publiqué con el título de *Tonalámatl de los pochtecas*, es decir, *Libro astrológico de los mercaderes* y también a otros más tardíos como el *Borbónico*, el *Vaticano A*, en fin, a varios más.

A esta preparación dediqué casi tres años, al cabo de los cuales tenía ya la base de la lengua náhuatl y un acercamiento a las fuentes primarias del pensamiento indígena prehispánico. Pude entonces redactar la tesis que intitulé *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*.

Este título provocó risa y aun burla en algunos filósofos mexicanos que dijeron que no era posible que los indios hubieran tenido una filosofía. Hubo, sin embargo, algunos que vieron con interés el libro, como fue el caso del doctor Adolfo Sánchez Vázquez, quien llegó a recomendar a un antiguo amigo suyo, emigrado a Rusia, que propiciara su traducción y publicación en la Unión Soviética. Ello ocurrió así y también en Estados Unidos y luego en Francia, Alemania, Croacia y República Checa. De este modo, lo que fue mi tesis se abrió camino.

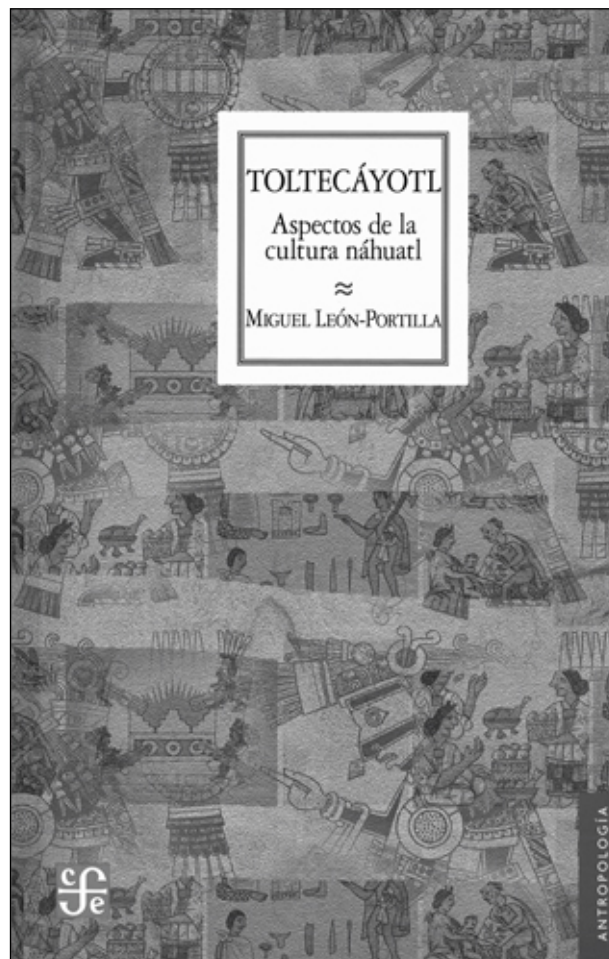
Hubo incluso maestros, como José Gaos, que también vio con interés este libro. Hoy tiene diez ediciones en español, varias en inglés, francés, ruso, checo y croata.

¿Cuáles fueron las herramientas que utilizó en el proceso hermenéutico e interpretativo de códices y manuscritos en letras latinas?

Las herramientas que utilicé en el proceso hermenéutico e interpretativo de las fuentes fueron, por una parte, el conocimiento de la lengua náhuatl y, por otra, el de una crítica que procuré siempre estuviera libre de apreciaciones que pudieran viciarla, como sería pretender supuestas coincidencias con el pensamiento filosófico occidental. Diré que mi trabajo tuvo dos grandes apoyos en la filología y la lingüística. Pienso que a veces, incluso, pude exagerar en algunos análisis lingüísticos de términos nahuas que expresan conceptos que me parecen de contenido filosófico. Y aquí diré que empleé el vocablo *filosofía* para que se entendiera que es lo que pre-



Miguel León-Portilla



tendía yo encontrar en las fuentes. Desde luego que partí implícitamente de la idea, aceptada por varios filósofos europeos, por ejemplo Werner Jaeger, el autor de la célebre *Paideia*, de que el ser humano en general tiene preocupaciones calificables de filosóficas.

¿De qué forma deben transmitirse los textos emanados de los antiguos mexicanos y cuáles serían los criterios editoriales idóneos para poner al alcance del público general estos testimonios?

Me pregunta usted de qué manera deben transmitirse los textos de los antiguos mexicanos y señalando que se debe tomar en cuenta al público al que se dirigen, es decir, atendiendo a las diferencias que puede haber en él.

Le diré que me parece una pregunta un tanto compleja y que en el fondo es válida respecto de cualquier escrito, no sólo filosófico. Se habla de obras de investigación y obras de divulgación. Desde luego que el público para las primeras es más limitado pero a la vez más exigente. Yo he partido de la convicción de que, al escribir, no debo hacerlo dirigiéndome tan sólo a mí mismo. Eso sería una especie de solipsismo. Sobre todo me interesa ser comprensible. Y para lograr esto, lo primero es cumplir con el precepto que enunció Juan de Valdés en su célebre *Diálogo de la lengua*: “Todo está en que digáis lo que quisiéredes con las menos palabras que pu-

diéredes”. Dicho de otro modo, la clave está en entender bien y saber qué es lo que uno quiere decir. Y luego decirlo en forma precisa y concisa. Quien conoce de veras un tema y se esfuerza por ser comprendido lo presentará con claridad para que pueda ser entendido por una gama muy amplia de lectores. Cuando se afirma que un determinado actor es tan profundo que cuesta mucho trabajo entenderlo se está diciendo algo que me parece no defendible. Como decía Giambattista Vico, todo lo que el ser humano puede pensar podrá transmitirlo y, si tiene realmente una significación, podrá ser comprendido por otros. Me atrevo a pensar que lo que escribo y expreso lo transmito en un lenguaje nada rebuscado, asequible para quienes se interesen por ello y estén preparados para comprenderlo.

Un colega, Álvaro Matute, expresó una vez que a su parecer mis libros, artículos y conferencias interesan a muchos porque en ellos se realiza lo que expresó Juan de Valdés: Queda claro lo que quiero decir y también que lo digo en forma concisa y precisa.

¿Cómo se puede definir el quehacer traductológico y cuáles son las características que debe reunir una adecuada traducción?

La pregunta se refiere ahora al quehacer y el arte de la traducción. Pienso que, por una parte, no es posible una traducción exacta y única. Y, sin embargo, pienso

también que un ser humano puede traducir a un contexto no sólo lingüístico sino también cultural diferente. Traducir es transvasar un lenguaje a otro diferente. El padre Garibay decía que los vocablos de las distintas lenguas pueden tener equivalencias en otras pero, cual si fueran vasos o copas, en ocasiones podrían abarcar connotaciones más amplias y en otras más reducidas. Diríamos que los vocablos de las distintas lenguas segmentan muchas veces la realidad de formas distintas.

El lenguaje es un atributo humano de verdad maravilloso. Implica desde un principio el aparato fónico, que lleva a la articulación de una gama enorme de fonemas, quizás una gama sin límite, y luego tales fonemas, al ser la materia prima de la palabra, pasan a otro nivel que es primero el del léxico y luego el de la formación de sintagmas, las formaciones sintácticas del discurso que lleva a estructurar un número sin límite de textos.

Esto es la maravilla de la expresión oral o escrita. Y, desde luego, al producirse tal expresión en contextos históricos y culturales muy distintos entre sí, se condicionan y enriquecen precisamente por el ámbito en que se enuncian. Cada vez que pienso esto me admiro al reconocer la complejidad y a la vez la espontaneidad de la forma en que nuestro pensamiento se convierte en palabra. Quizá por esto entre los griegos el *logos*, palabra y pensamiento, aparecen como unificados y también como el tributo más elevado de los seres humanos. Tanto es

así que el evangelista san Juan, influido por la filosofía griega, llegó a identificar a Dios con el *Logos*.

A la luz de esto creo que puede entenderse un poco mejor el que llama usted “el quehacer traductológico”. Recuerdo que cuando empezamos a trabajar en un seminario del que Pilar Máynez fue la inspiradora, en la traducción de los textos nahuas que recogió Sahagún nos preocupamos mucho por la teoría de la traducción. Efectivamente, al practicarla, debemos escapar del dicho italiano de “*traduttore, traditore*”, es decir, que el traductor puede traicionar al texto original. Tal vez simplificando mucho diré que para lograr una traducción aceptable se requieren sobre todo tres cosas: la primera es conocer a fondo el tema del texto que se va a traducir. Esto es muy importante, puesto que respecto de cada tema suele existir un vocabulario preestablecido. Un ejemplo sería traducir un texto sobre la organización social de los antiguos mexicanos. Allí hay palabras como *calpulli*, *altepetl*, *toltecayotl*, *tecubtli*, *tlahtoani*, *pilli*, *macehualli* y otras muchas, respecto de las cuales existen vocablos generalmente aceptados por los especialistas en sus respectivas lenguas y que emplean en sus traducciones. Un segundo requerimiento es conocer también a fondo la lengua de la que procede el texto que se va a traducir. Este requerimiento es tan obvio que quien ignore esa lengua no será traductor sino meramente falsificador o inventor. Lo tercero es que el traductor conozca bien, como lengua ma-



terna de preferencia, la lengua receptora, es decir, a la que se va a traducir el correspondiente texto.

Sin duda, hay otros requerimientos, entre ellos uno muy importante: conocer el contexto cultural del que procede el texto que se traduce. Sin atender estos requerimientos no puede lograrse una buena traducción.

En fin, añadiré que tan es cierto que puede haber traducciones aceptables, que hay tratados internacionales que se traducen a una o varias lenguas y tales traducciones se aceptan con la validez de los documentos originales.

¿Qué diferencias presentan sus primeras traducciones del náhuatl al español con las que actualmente lleva a cabo?

Creo que las traducciones que se realizan en tiempos y contextos diferentes pueden verse influidas por tales circunstancias. Sin embargo, a pesar de los contextos distintos y el enriquecimiento cultural o la decadencia mental de quien efectúa las traducciones, desde luego que puede haber diferencias. La realidad de que somos seres cambiantes la percibieron tanto los *tlamatimeh* como los filósofos griegos y, en general, los de todo el mundo. Si contemplo las traducciones que hice para *La filosofía náhuatl* con otras que he efectuado no hace mucho, encuentro diferencias que puedo señalar. En mis primeras traducciones generalmente me apegaba yo mucho al texto original. Caí, incluso algunas veces, en ofrecer como traducción una cierta forma de análisis etimológico. En ello, probablemente erré. Ahora evito tal peligro. Vanidosamente diré que algunos, como por ejemplo el poeta Rubén Bonifaz, llegó a decir que mis traducciones eran muy bellas, pero también llegó a afirmar que en ellas daba yo salida a mi propio ser que calificó de poético. Yo no lo sé. Lo que puedo decir es que en mis traducciones siempre he buscado, con los instrumentos lingüísticos y filológicos a mi alcance, ser fiel. Me interesa, por encima de todo, trasvasar la significación del texto y ello con todos los escollos y limitaciones que implica el paso a un idioma diferente. He practicado, asimismo, el arte de la traducción frente a textos en inglés, francés, alemán y latín en varios casos desde antes de acercarme a los textos en náhuatl. Creo que es muy recomendable que el traductor adquiera agilidad mental al acercarse a textos no sólo de una lengua sino, si es posible, de varias.

Añadiré sólo que me he atrevido a escribir poesía en náhuatl. Cuantas veces lo he hecho, he pedido a algún hablante que tenga como lengua materna a este idioma que me lea. Ha habido casos en que, por ejemplo, Librado Silva Galeana, sonriéndose, me llegó a preguntar: “¿Qué es lo que quieres decir en esta línea?”. Si ello ocurre con lo que has escrito al presentárselo a alguien que tiene como lengua materna aquella en la que ofreces tu texto, debes pensar que algo anda mal.

Volvamos de nuevo a la primera parte del precepto de Juan de Valdés: “Todo está en que digáis lo que quisieredes”.

¿Cómo concibe usted la interrelación lengua-pensamiento-cultura, y cómo queda de manifiesto en sus trabajos?

Para mí la interrelación del pensamiento, la lengua y la cultura es tan intrínseca que la considero evidente. El léxico de una lengua es algo así como el inventario de la correspondiente cultura. En las diferentes lenguas hay elementos léxicos que les son propios y que no existen en otras. Es obvio que en náhuatl no hay originalmente palabras para expresar los diferentes elementos técnicos de la informática y la tecnología propia de las computadoras u ordenadores modernos. Pero también es obvio que en lenguas como el español, el inglés y otras muchas no hay vocablos para designar un gran número de plantas que, a primera vista, nos parecen idénticas. He tenido un discípulo, cuyo padre es campesino, que una vez me dijo: Pídale a mi papá que lo lleve al campo y le muestre los muchos vocablos que hay en náhuatl para designar hierbitas que a usted le parecerán todas iguales y simplemente les llama pasto o zacate. El léxico de cada lengua responde ciertamente al entorno natural y cultural de quienes la hablan. Desde luego es totalmente absurdo pensar que una lengua es mejor que otra. Toda lengua dispone de los recursos necesarios para expresar lo que requieren sus hablantes en su propio contexto histórico y cultural. Hay lenguas que asimilan fácilmente vocablos tomados de otras. Cuando ello es necesario, no debe haber obstáculo a tal aceptación, sólo que, al adaptar un vocablo de otro origen, será conveniente hacerlo lo mejor posible a las características fonéticas y estructurales de tal idioma.

La lengua es tan consustancial al ser humano, es decir, tan necesaria que, sin ella no sólo no podríamos comunicarnos sino que también nuestro pensamiento tendría características muy diferentes, precarias y aun confusas. Por eso el ser humano ha desarrollado también otras formas de lenguaje, como por ejemplo el de las matemáticas, el de la química, y otros varios más. Citando aquí algo que dijo una vez el padre Garibay, de todas las formas de lenguaje el que prefiero es el poético. Garibay decía que, frente a lo que puso Miguel de Cervantes en boca del barbero y del canónigo y también de don Quijote, se apartaba de su colega el canónigo y se acercaba a la manera de decir del sabio loco que fue Alonso Quijano, don Quijote.

Concluiré esta entrevista con un comentario. Hasta donde recuerdo, es esta la primera vez que alguien me entrevista tocando la temática de la traducción, la lengua y la cultura. Agradezco a quien me hace la entrevista y me felicito por haber tenido la oportunidad y el gusto de intentar responderla. **U**